

teoría social. A este fin dedica un capítulo singular y fundamental al repaso de la teoría de roles y de la interacción, con especial énfasis en sus aportaciones al proceso de socialización. Aunque estos enfoques han solido reducirse, respectivamente, al estudio de la vida cotidiana y de la primera infancia, es difícil imaginar una investigación sociológica empírica que vaya más allá de la fría encuesta, que entre en contacto con los sujetos, y que ignore el concepto de rol y los procesos de interacción. Aquí, Joas subraya una vez más el carácter abierto de la acción y, en especial, de la asunción de roles, señalando que

ésta puede ser o no reflexiva; que puede ser identificativa, imitativa o asuntiva; que puede variar en el grado y orientación emocional que moviliza; y que puede diferir en el rango o amplitud con que se asume el rol en su complejidad y en el desarrollo que de él se hace. En suma, y como palabra postrera, hay que felicitar al Centro de Investigaciones Sociológicas por la decisión de traducir y publicar este texto que contribuye de manera muy importante a enriquecer y renovar el acervo de la teoría sociológica en nuestro idioma.

Juan Manuel IRANZO AMATRIAIN

ÉMILE DURKHEIM

**Lettres à Marcel Mauss**

Edición a cargo de PHILIPPE BESNARD y MARCEL FOURNIER  
(París, PUF, 1998)

Confieso mi afición por los epistolarios y compartir la opinión de quienes aseguran que en el carteo privado de un autor no es raro encontrar la apoteosis de su talento literario —piénsese, por ejemplo, en la correspondencia de Flaubert con su amante Louise Colet—. Es cierto que no siempre ocurre así y que a veces la correspondencia de los grandes no va más allá de lo anodino. Pero ni siquiera esto le quita valor como fuente de información, ya que el goteo epistolar, cuando es lo suficientemente continuado, tiene la inmensa virtud de hacernos accesibles los pliegues más personales y propios de un escri-

tor, lo que está por detrás de su producción pública, su día a día, su mundo de preocupaciones, prejuicios e intereses, sus opiniones más espontáneas sobre los contemporáneos con los que le ha tocado vivir, es decir, todo lo que se oculta tras su careta pública y es tan relevante para comprenderlo cabalmente.

La reciente publicación de las cartas que Durkheim envió a Marcel Mauss permite corroborar lo dicho. A lo largo de más de quinientas páginas y cubriendo de forma discontinua un período que va de 1896 a unos pocos días antes de la muerte de Durkheim, en noviembre de 1917, nos es dado

seguir en sus pormenores la relación entre dos de las figuras decisivas de la ciencia social francesa de principios de siglo, protagonistas además del ambicioso proyecto de institucionalización de la sociología y la etnología que conseguirían llevar a buen puerto. La espléndida edición crítica que Philippe Besnard y Marcel Fournier han hecho de este material sólo se resiente de una laguna, que la fatalidad de los acontecimientos impide subsanar, y es que, disponiéndose de las cartas de Durkheim a Mauss, no se dispone de las que éste enviara a aquél, perdidas irremediabilmente en las convulsiones de la Segunda Guerra Mundial. Queda así este epistolario, tan exigente en términos de diálogo, reducido a un monólogo continuado de Émile Durkheim, y el lector se pregunta siempre cómo serían las cartas de Mauss a que hace referencia, cuáles sus respuestas a las frecuentes reprimendas que se le hacen llegar, cuál su versión de los temas en los que con frecuencia chocaba con su mentor, cómo ese estilo apresurado, distraído, disperso y telegráfico que Durkheim le solía reprochar, etc.

La peculiaridad de estas cartas no viene tan sólo de la altura intelectual de los dos personajes involucrados o de la relevancia de los proyectos en los que colaboraron, sino además de las especiales relaciones que los ligaban, en las que se entremezclaban planos de experiencia normalmente disociados. Como es sabido, Mauss era sobrino de Durkheim y, muy joven, tras finalizar su bachillerato en 1890, se había trasladado a Burdeos para realizar sus estudios universitarios bajo la égida del tío Émile. Después se fue a París

para completar su formación en la École Pratique des Hautes Études, momento en el que arranca su fluida correspondencia. Lo que ésta muestra es que el contacto con el tío siguió vivo e intenso el vínculo hasta la muerte de aquél —y aun después al convertirse en su albacea intelectual—, anudándose así una relación que no tiene parangón en la historia de las ciencias sociales: «una bella historia de amor avuncular [en la que] el sobrino se convierte en el *alter ego* de su tío» (p. 2), como apuntan con acierto los editores. Todo se mezcla en esa relación en la que Mauss es muchas cosas a la vez y todas de forma intensa: sobrino, pupilo, discípulo, colaborador, confidente, correligionario.

Durkheim se sabe y quiere cumplidor de la misión de educar moral e intelectualmente al joven Marcel. Y en esa labor se muestra severo y cariñoso a la vez. Tu madre, le recuerda, me confió tu formación y yo «te he formado en mi ideal» (p. 272). No quisiera ser, dice en otra carta, «el tío importuno» (p. 380), pero está dispuesto a serlo y hacerle saber las verdades más amargas que el sobrino tiende a ocultarse. Es justamente esto lo llamativo en la correspondencia: la sinceridad de Durkheim, su impertinencia, el desparpajo y seguridad de que hace gala a la hora de criticar a ese sobrino-pupilo al que quiere llevar por la buena vía. Y así le reconviene continuamente su tendencia a mentir, a prometer más de lo que puede cumplir, su despreocupación (como «el pobre tío Félix», p. 148), su debilidad de voluntad, su dispersión en demasiados proyectos que no puede llevar a buen puerto, su inca-

pacidad para administrar bien el tiempo, su conversión en un *flâneur* sin rumbo (p. 101). No es el maestro el que así habla y reconviene, sino el tío materno que se ha convertido en responsable del clan familiar y ha asumido la educación del joven y lo guía en su aprendizaje social. Es su falta de vertebración moral lo que le preocupa, pero también su educación intelectual, para la que brinda críticas y consejos continuos: sobre la necesidad de escribir con orden, claridad analítica, capacidad de selección; sobre el peligro de dejarse atrapar por una «erudición vana» (p. 135) o perderse en «minucias y detalles» (p. 70); sobre el gasto inútil de tiempo que supone darse a lecturas dispersas y sin objeto claro; sobre la ingenuidad de pretender en sus trabajos dar cuenta de «todos los hechos», frente a lo que objeta: «no sólo no existe tal cosa, sino que carece de sentido. Lo que se precisan son los hechos cruciales» (p. 135). En definitiva, el Durkheim maestro vigila para que su discípulo aventajado no se pierda en los laberintos a los que le arrastra su talento errático, y de ahí que insista en estar al tanto de sus lecturas y escritos, para «seguirte e impedir que trabajes sin norte» (p. 34).

Pero el sobrino es también su brillante colaborador científico. La correspondencia comienza con una carta de petición de datos para la escritura de *El suicidio* y sigue con la crónica de la ingente elaboración de *L'Année Sociologique*, en la que Mauss carga con la responsabilidad de la sección dedicada a la religión. Se trata de una sección crucial que resume el propósito que se encarna en la revista,

que no es otro, según se declara oportunamente, que desarrollar «una teoría que, exactamente contraria a un materialismo histórico grosero y simplista a pesar de su tendencia objetivista, haga de la religión, y no ya de la economía, la matriz de los hechos sociales» (p. 71). En esa tarea, Mauss es una «llave maestra y a todas luces esencial» (p. 71). Durkheim reconoce con orgullo de mentor su talento y le carga de responsabilidad. De ahí las tirantezas cuando barrunta que el sobrino-discípulo-colaborador no está a la altura de la situación —lo que acontece con exacta periodicidad según se acercan las fechas de cierre del número y las colaboraciones no llegan con el ritmo debido—. Entonces las quejas del maestro se entremezclan con el chantaje moral del tío y tutor, que le reprocha no merecer el trato descuidado que le da Marcel y asegura sufrir por su falta de responsabilidad intelectual.

Pero el querido Marcel es también paño de lágrimas, confidente, correligionario. Con él se confiesa cuando las cosas no van bien: «me siento profundamente desalentado», «dudo de mí mismo» (p. 77), le hace saber tras la publicación de *El suicidio* y su recepción pública descaminada o poco entusiasta, decepcionante, en definitiva; todo parece venirse abajo e incluso le recuerda al sobrino un sueño en que se veía abandonado por él (p. 77). Es también Marcel el correligionario político con el que se comentan acontecimientos y se comparten esperanzas a lo largo del tortuoso *affaire* Dreyfus —esa «obsesión de la que no se puede escapar» (p. 167)—. Y es Marcel el paño de lágrima

mas a quien se acude en busca de consuelo tras la muerte en el frente de Bulgaria del hijo, André; el destinatario de la carta más emocionante del epistolario, en la que un Durkheim envejecido prematuramente, agotado emocionalmente tras la muerte del hijo querido, confiesa a su hijo intelectual que «se siente separado de todo interés temporal», reducido a la figura del «asceta que se siente por encima de todo» y al que sólo le espera «la melancolía como modo de vida» (p. 508).

Las cartas de Durkheim a Mauss son, pues, una fuente de primer orden para reconstruir sus relaciones en todos sus matices y complejidades. Pero su significación va más allá, y no sólo porque a partir de ellas podamos recabar una mayor información sobre la biografía de su autor, sino también porque son una fuente interesantísima para dar cuenta de la estrategia que estaba por detrás de la institucionalización académica de la sociología en la Francia de fin de siglo tal como la diseñó su creador. Es claro que Durkheim se sentía encarnación de una misión para la que existía un cierto respaldo político, pero que sufría de un déficit de legitimación: la misión de poner en marcha y hacer triunfar una sociología de ámbito expansivo. Profeta de esa buena nueva, era consciente de que su tarea sólo podía realizarse si contaba con un discipulado suficiente y un órgano propio de expresión. Ambas cosas las consiguió y en ambas fue decisiva la colaboración de Mauss —su agente científico en París hasta que finalizó su «exilio» bordelés—. La plasmación fue la publicación de *L'Année Sociolo-*

*gique* y su fiel equipo de colaboradores. A partir de las cartas a Mauss, se pueden reconstruir las reglas del juego que lo puso en marcha. Durkheim, como el Zaratustra de Nietzsche, no quiere discípulos anodinos, sino seguidores que capten cabalmente el espíritu de su empresa y, en vez de remedarlo, lo amplíen y desarrollen: «mi verdadera ambición es ver a algunos jóvenes de valor que, en vez de seguirme servilmente, utilicen con franqueza los resultados a los que llego» (p. 78), le hace saber con un cierto desánimo. Para ello, quiere animar y garantizar su autonomía: «no quiero ni siquiera aparentar ejercer un control o adoptar el aire de un regente» (p. 100), proclama con insistencia. Pero esa autonomía no puede estar sino muy circunscrita. En realidad, sabe y desea que «*L'Année* es un todo y en eso consiste su mérito. Es preciso que alguien vele por el todo» (p. 255) ¿Quién? Evidentemente, él mismo. De ahí la problematicidad de un proyecto que quiere conjugar unidad y diversidad, ortodoxia y autonomía. Y de ahí también que Durkheim eche sobre sus espaldas un trabajo abrumador de coordinación y revisión de todos los manuscritos a publicar, trabajo que sabe que le aparta de otras empresas mayores y del que se resiente en su correspondencia.

El maestro, profeta y jefe de escuela de la nueva sociología se muestra a la vez severo y generoso en la supervisión del trabajo de sus colaboradores. No hay más que leer la extensa correspondencia ligada a la escritura del trabajo de Mauss y Hubert sobre el sacrificio (pp. 135 ss.) para comprobarlo. Durkheim ofrece sus servi-

cios, pone a disposición su tiempo, da ideas, interviene en la redacción, pide noticias precisas sobre el estado en que se encuentra el trabajo, reconviene la tardanza, critica, anima, vitupera, exalta. Sus colaboradores son su *alter ego* y en su obra se siente reflejado y comprometido. De este modo, la sociología institucionalizada se concibe siempre como una sociología personalizada, una sociología estrictamente durkheimiana, y así resultará que de los avatares de la persona que la encarna dependerán sus éxitos.

Basten estas incursiones selectivas sobre este libro para hacer ver su relevancia. Se trata de una obra impres-

cindible para reconstruir la personalidad intelectual y moral de dos de los más decisivos científicos sociales del presente siglo, pero también para comprender cómo se encarnan los proyectos científicos, cómo operan sobre ellos las relaciones sociales más variadas, cómo lo personal puede impersonalizarse y lo impersonal personalizarse, cómo, en última instancia, la educación sentimental del sobrino Mauss es un dato decisivo en la tarea de institucionalización de la sociología francesa tal como la desarrolló el tío y maestro Durkheim.

Ramón RAMOS TORRE

FERNANDO J. GARCÍA SELGAS y JOSÉ B. MONLEÓN (eds.)  
**Retos de la postmodernidad. Ciencias sociales y humanas**  
 (Madrid, Trotta, 1999)

Para enmarcar convenientemente la obra objeto de nuestro comentario, habría que empezar diciendo que se trata de un compendio de ensayos que «fueron presentados y discutidos en un simposio organizado por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de California (Estados Unidos), del 22 al 25 de abril de 1997, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid» (p. 9). La labor de organización y edición ha corrido a cargo de Fernando García Selgas y José B. Monleón.

Son precisamente ellos quienes se encargan de la introducción. Es un lugar común en estos casos señalar que su análisis del libro, de sus ejes

centrales y de cada capítulo en concreto suponen la mejor introducción. Lo que sucede en este caso es que es incuestionablemente cierto, por lo que estas breves reflexiones no excusan a todo lector interesado de no remitirse a ella.

El título del libro expresa el deseo de reflexionar sobre los «retos planteados a las ciencias sociales por la postmodernidad» (p. 11). Los editores, en la introducción, entienden que los tres principales son hacer frente a las *muertes* de sujeto, razón y progreso. Yo me atrevería a decir que, más que un tratamiento en profundidad de esta cuestión, se trata (como por otra parte reconocen los mismos